

DESPUES DEL PACTO, ¿QUE?

LA serie de acuerdos, unos concretos y minuciosos, otros de líneas generales y tendencias, que tienen ya el nombre tan adecuado para los futuros manuales de Historia de "pacto de la Moncloa", están produciendo una remoción considerable en la vida política española. Alcanza la entraña misma de los partidos. Los partidos son todavía débiles en España, por razones históricas y de inercia: aun los más numerosos tienen un número escaso de militantes, en relación a lo que son los partidos en las democracias tradicionales europeas. En todos los países, el número de electores de un partido es siempre muy superior al de militantes: en España, esta diferencia es aún mucho mayor. Si recordamos las elecciones del 15 de junio tendremos el dato de la perplejidad de las vísperas para muchos ciudadanos, que no conseguían formarse una opinión diferencial, y actuaron por tendencias, reflejos, reminiscencias históricas —positivas o negativas—, busca clásica del centro —como siempre que hay confusión de alguna especie— y, muy especialmente, intereses locales, porque el nombre de un diputado puede llegar a representar más que la tendencia de su partido dentro de una determinada circunscripción. El problema que plantea el "pacto de la Moncloa" es éste: representa más a los partidos políticos y sus militantes que a los electores, a los ciudadanos en general. Para representar a éstos, y comprometerles, hubiera debido ser todo discutido, debatido y enmendado en las Cortes, con abundante publicidad, y no en una sala cerrada y entre notables. Ciertamente que el espíritu general del pacto y cada uno de los Decretos que le den vida van a pasar por el Parlamento, pero la votación está ya hecha, por la disciplina de voto, que, curiosamente, en nuestro país es más rígida que en los tradicionales. Lo cual puede dar al ciudadano la idea de que hay una especie de paralelismo con las Cortes antiguas, con estos votos unánimes y esta rigidez dentro de cada grupo parlamentario, de forma que el diputado que vota "sí" resulta más obediente a la disciplina y el acatamiento a sus dirigentes que a las razones que dio a sus votantes. Este vicio de origen del pacto puede llegar a ser grave si el conjunto de acuerdos no da el resultado apetecido: grave para la democracia

parlamentaria, grave para los partidos políticos. Una frase del señor Carrillo en estos días es oportuna: "Se quemé quien se quemó, vamos a salvar al país". Demuestra la consciencia del riesgo. Desgraciadamente, la opción es algo más que personal: no importaría que se quemasen personas, pero sí que se quemasen instituciones o principios.

PROBABLEMENTE este vicio de origen es el que está produciendo más remociones en la vida política y pública. Hay una acentuación de dificultades en el seno de la UCD, que se reflejan en el mismo Gobierno; quizá menor que en otros, a pesar de su debilidad congénita y a pesar de que su visibilidad es mayor que en otros partidos, porque el poder, la posesión del país —que se acentúa en la homogeneidad del reparto de cargos y puestos que se hace en cada Consejo de Ministros— ayuda mucho a mantener la cohesión. Hay dificultades crecientes en Alianza Popular. El hecho de la actitud del señor Fraga al apadrinar y presentar en el Club Siglo XXI al señor Carrillo no es más que un pretexto para un malestar más hondo. Lo que está sucediendo en estos dos grupos es nada menos que un cambio de alianzas: lo cual es trascendental cuando se hace desde el poder. El señor Suárez apareció en un principio para la derecha pensante como el hombre que podría

manejar quizá la democracia sin una alteración profunda de las capas sociales, pero le dejaron solo con su experimento: hubo más reservas que ayudas —sobre todo, de los extremos—, con una ceguera inverosímil; y no sólo le dejaron solo, sino que, en los extremos ya, le tributaron toda clase de insultos y de amenazas, hasta la de solicitar el golpe de Estado. El "pacto de la Moncloa" es el punto en el que el señor Suárez decide cambiar la alianza de la derecha, que no le ayuda, que no le sirve, para una izquierda que, a su vez, se modera y hasta se desnaturaliza en ciertas partes para obtener aunque sea esa mínima parcela de poder; y, sin duda, podemos convenir con el señor Carrillo, por su creencia de que es la forma de "salvar al país". Que el señor Fraga se sume —aun con su dramática reserva sobre la cuestión de las Fuerzas de Orden Público y su decepción por el fallo de la Ley de "defensa de la democracia"— y lleve su civilidad hasta el padrinazgo público y notorio del señor Carrillo, en una reconciliación espectacular, produce la gran desazón en el seno de Alianza Popular. Y no tanto por cerrilismo político, sino por representación de intereses: muchos empresarios grandes, medianos o pequeños lamentan profundamente el "pacto de la Moncloa", y en este sector se encontraba gran parte de la clientela de Alianza y de la Unión del Centro.



El señor Carrillo firma el "pacto político": "Se quemó quien se quemó, vamos a salvar al país".



El "pacto de la Moncloa" es el punto en el que el señor Suárez decide cambiar la alianza de la derecha, que no le ayuda, para una izquierda que, a su vez, se modera.

Los partidos de la izquierda, naturalmente, no quedan ilesos. Ni las centrales sindicales. Dentro del PCE hay alguna inquietud por lo que piensan que podría ser la cesión de lo que es su origen y fundamento, la lucha de clases y la defensa de los trabajadores. El hecho de que los graves sucesos de Cádiz sucedan mientras en la Moncloa se pactan situaciones económicas y leyes de orden público, es interesante desde ese punto de vista. Podría temerse, dentro del PCE —y dentro del PSOE—, que estos nuevos desvalidos, estos nuevos marginados que van a resultar inevitables entre el pacto se vayan hacia una radicalización. No es un hecho nuevo: es algo que se produce ya en Italia. La CNT, los revolucionaristas extraparlamentarios, podrían recogerlos fácilmente si las cosas se agravaran.

LA remoción traspasa los límites de los partidos políticos, llega a la opinión pública. Ya antes del pacto había un cambio en las tendencias electorales, si aceptamos como válidas las estadísticas de sondeo hechas por una entidad privada por encargo de la Presidencia del Gobierno. Estas tendencias indicaban una fuerte baja en la UCD, una levisima baja en el PSOE y un alza considerable en el PCE y en Alianza Popular, y la desaparición de los grupos menores, incluyendo el PSP. Se pueden intentar algunas explicaciones. El descenso de la UCD es atribuible a que finalmente su Gobierno ha dañado más a su clientela electoral —las clases medias: los que pretendían un cambio, pero sin daño para su "standing"— que a otras, además del desgaste del poder. La emigración de votos de la derecha habría ido a Alianza Popular como representante de una mejor solución de orden antiguo. El PCE se habría beneficiado de un movimiento psicológico

visible a partir de las elecciones mismas: el de que es "posible" votar a los comunistas. Su nueva moderación le habría sido beneficiosa también. Y, desde luego, de la brillante política que está haciendo y de la nueva personalidad del señor Carrillo. En cuanto a la desaparición del PSP y otros grupos menores, se debería a la sensación del "voto inútil", de la pérdida del sufragio en formaciones que no tienen peso en la vida nacional, a pesar de sus capacidades y del talento de sus dirigentes (¿cómo negárselo al señor Tierno Galván?). Todo este panorama, después del pacto, puede haber cambiado. Pero el Gobierno parece tenerlo muy en cuenta, hasta el punto de pretender —según se dice— el aplazamiento de las elecciones municipales. La idea de que de éstas pudiera salir una mayoría de Ayuntamientos comunistas y socialistas, incluso una mayoría muy notable, les estremece.

...

A pesar de todos sus defectos de origen, a pesar de los riesgos que comporta de desafinación de la opinión pública y de paralización de las Cortes, a pesar de las amenazas que puede suponer para el país que una situación despechada de la derecha y de la izquierda se radicalicen y busquen soluciones extraparlamentarias, el pacto está ahí. Se trata ya de cumplirlo, y que la colaboración de todos, aun sin creer en él demasiado, se formalice. La condición es la de que se lleve adelante pulcramente y que los daños que pueda causar en amplios sectores de la población sean controlados. Por mucha vigilancia, por mucho control que se realice, el Gobierno es el único encargado de llevarlo a la práctica. El señor Suárez ha explicado muy claramente en el Congreso que los pactantes de la Mon-

cloa no forman un Gobierno paralelo y que los acuerdos no pueden confundirse con un Gobierno de concentración: el Gobierno es el Gobierno. Sus resortes son amplios. Como señalábamos antes, no cesa de asegurarse cada semana, en cada Consejo de Ministros —y, más sordamente, cada día—, los puestos de control necesario nombrando altos y pequeños cargos en personas afines a su partido, preferentemente militantes de su propio partido. Conociendo cómo se hace tradicionalmente el gobierno en España, por las vías bajas, no debemos considerar ni mucho menos como menor esta operación. Advirtamos también que en los países de democracia tradicional este tejido administrativo es muy distinto: bien porque una gran parte de estos puestos son de carrera administrativa —y en España las carreras administrativas están muy impregnadas de la época de su formación—, bien porque la alternación de Gobiernos y ministros de distintos partidos han ido segregando funcionarios que permanecen. Aquí, la impregnación de funcionarios anteriores es franquista y la innovación es suarista: a la hora de aplicar directamente todas las medidas y todas las reformas, son ellos, y no los afines a los pactantes de la Moncloa, los que tienen el poder.

CON todas esas reservas, vamos a empezar la etapa del pacto; debemos colaborar con él, debemos hacer un esfuerzo en su favor. A condición de que no se superponga a la España de la Constitución. Parece que se está olvidando ya que hay una ponencia que la redacta, que tendrá que terminarla un día; y que esa debe ser, una vez la Constitución discutida libremente y sin pactos, la España que decida su futuro mediante unas elecciones libres y auténticas. El hecho histórico puede estar ahí más que en la reunión de notables.